

Dr. Miguel Angel Aráuz J.

Decano de la Facultad de Ciencias
Médicas

El pensamiento Médico Ecuatoriano

**Breve síntesis del conocimiento y de la evolución de la medicina
ecuatoriana**

CAPITULO I

En ésta tierra que habían de llamarse América indohispánica igual que en todas las agrupaciones humanas primitivas del pasado y del presente, como manifestación instintiva encaminada a eliminar el dolor y la muerte, inseparables y eternos compañeros de la humanidad debieron idearse toda una serie de recursos y de todo orden para conservar la salud y asegurar la vida de los asociados: la medicina. Deslumbrados unas veces, aterrados otras, ante la diversidad y magnitud de los fenómenos cósmicos, así mismo debió originarse el concepto de la divinidad y el medio para ponerse en contacto con ella y alcanzar la gracia y el perdón: la religión.

El hombre del incario fraguó su doctrina sobre la vida, la enfermedad y la muerte a base de conceptos de la religión institución primaria que aparece como nexo que cohesiona a los seres por la fé. La enfermedad y el dolor creían que eran originadas por causas externas que por razones varias habían penetrado en el interior del cuerpo y que era menester expulsarlas para que pudiera curar un individuo. No existía el concepto de enfermedad como entidad nosológica y solo se consideraban los síntomas más salientes de ellas y así se hablaba de dolor, escalofrío, fiebre, etc. Por ello que en los albores de nuestra civilización lo que pu-

diera llamarse medicina y religión nacen fuertemente entrelazados a tal punto que los oficiantes del arte de curar son también los encargados de servir de intermediarios con la divinidad. Son personas que acuden a recursos de la más variada índole para cumplir su cometido y así como los hay que tienen mucho de lógicos y naturales con un gran fondo de intuición médica otros son simples prácticas religiosas o procedimientos que pertenecen a la magia o a la hechicería, de aquí las oraciones, conjuros, amuletos y prácticas a veces extrañas y espectaculares. "Eran los hombres de más fuerte personalidad los que por dotes especiales podían entrar en contacto con el mundo espiritual animista para poder subyugar todo lo que pudiera hacer mal al hombre". Por esto entre los aborígenes de América el arte de curar estaba reservado solamente a los sacerdotes pues ellos eran los únicos que podían relacionarse con los dioses, dioses mayores como Viracocha, "el dios supremo, el creador de todas las cosas, señor de la reproducción, que no permite la fatiga, dá salud y vida y ahuyenta la muerte", Pachacamac, "el hacedor de la tierra" o simplemente dioses menores o familiares para alcanzar el bienestar, salud y vida de los habitantes del vasto Imperio de los Incas.

La preparación del "Hombre de la medicina" mago-sacerdote, se hacía siguiendo una pauta rigurosa después de un verdadero noviciado - huamac - al que seguía una vida de privaciones: sangrías, ayunos, abstinencias, especialmente de carnes y pescado.

Los amautas fueron los primeros indígenas a los que puede considerarse como ejercitantes del arte de curar a los enfermos. Nobles del Imperio que por tradición y gracias a su propio estudio y observación conocían diversos ramos del saber: estudiaban los fenómenos celestes, las propiedades curativas de ciertas especies vegetales, la acción tóxica de algunas plantas, los secretos para curar las enfermedades, al mismo tiempo que conocían los ritos y prácticas religiosas, los sacrificios y maneras que agradaban a los dioses para otorgar su merced, todo lo que daba a estos elegidos ciertos contornos sagrados y, como sus conocimientos se cuidaban de mantenerlos en el mayor secreto, sus consejos y opiniones eran escuchados y acatados sin discusión alguna, no solo por las masas, de las que se mantenían a prudente distancia, sino también por la nobleza y la familia imperial. Sus conoci-

mientos médicos no los prodigaban sino al emperador, a su familia y a los grandes de la corte.

Con el andar del tiempo los secretos tradicionales fueron diseminándose para llegar a formar varias categorías de médicos pudiendo decirse, en rigor, que en éste momento nació la medicina como servicio a la colectividad. El hampi-camoya "era el personaje más diferenciado entre los hombres de medicinas pues tenía como obligación cuidar la salud del Inca y de su familia". Los soncoy eran los médicos que servían a los hombres del pueblo, los calla-huayas eran médicos y farmacéuticos ambulantes, recorrían los pueblos llevando en sus alforjas un arsenal de remedios, amuletos, "eran predominantemente brujos, vanidosos y altaneros".

Despojado de todo lo que de fábula o leyenda el conocimiento médico propiamente dicho encierra hay ciertos hechos que nos hablan claro de la patología existente y de la terapéutica empleada en aquellos tiempos en ésta porción de tierra americana que hoy constituye el Ecuador.

Parece que se interesaban por conocer la naturaleza y estructura del cuerpo humano y sin llegar a la necropsia se ingeniaban para conocer su interior y así existe un léxico de alrededor de ciento treinta voces que representan nombres anatómicos de diversas partes y órganos del cuerpo. Eran hábiles para embalsamar los cadáveres, especialmente de sus soberanos, así como conocían el procedimiento —según algunos sumamente laborioso— para reducir a pequeñas dimensiones sin perder sus características faciales la cabeza de sus enemigos: tzanzas.

Respecto a las enfermedades existentes por documentos que nos vienen desde la época precolombina y por investigaciones realizadas por los estudiosos se cree que la patología del Imperio de los Incas era variada y numerosa.

Entre las enfermedades infecciosas el Tifus exantemático existía en forma endémica en estas comarcas y tomaba caracteres de epidemia que causaba tremendos estragos en la población sobre todo en la época lluviosa, favorecida, además, por la falta de higiene y la promiscuidad. Se le llamaba peste de guerra, tabardillo o chavalongo. Se trataba esta fiebre infecciosa con la oca (*Oxalis crenata*), "cocidas o comidas en tiempo de peste o de tabardillo son preservativo de todo contagio" dice un historiador. Algunos creen que fue el tifus lo que acabó con la existencia del

Emperador Huayna-Capac, aunque otros, como se verá más adelante, creen que fueron las viruelas lo que terminó con el Emperador.

La verruga a la que se le llamaba sirki, era otra enfermedad que afectaba constantemente a las gentes de estas latitudes, "en la mayor parte de esa costa (Ecuador) se crían en los hombres unas verrugas bermejas del grandor de nueces y les nacen en la frente y en las narices y en otras partes" refiere un cronista de esos tiempos.

La sífilis, sobre la que tanto se ha discutido, parece que existió antes de la conquista tanto que a las úlceras corrosivas sifilíticas se les conocía con el nombre de huanthti. El estudio meticoloso de cráneos, fémures y otras piezas óseas han encontrado exóstosis, periostitis, osteoperiostitis, lesiones destructivas de características iguales a las que produce la sífilis en los huesos. "El llamado cráneo sifilítico de Paracas, descubierto en 1930, es una de las mejores pruebas que posee la literatura médica para inclinar la balanza en el sentido de la existencia de la sífilis antes de la llegada de Colón. "Parece, en verdad que había un extenso foco en las Antillas y Santo Domingo desde donde invadió el resto del Continente.

Parece que el tétano fue frecuente y le conocían con el nombre de chirirayay oncoy o enfermedad del frío". Es terrible y se presenta en la parte baja del Perú por la facilidad que hay de contraerlo y por ser mortal" señala un historiador. Como remedio se empleaba de yerba tulma y la quinua (*Chenopodium quinua*).

La viruela introducida por un esclavo del Conquistador Pánfilo de Narváez en el año 1519 causaba tremendos estragos en la población. "Hacia 1524, en las postrimerías de la vida del Imperio de los Incas, cuando ya los oráculos anunciaban su derriumbé, sucedió una epidemia devastadora. Huayna-Capac emprendió la conquista del país de los Caranquis y fué recibido con pompa y entusiasmo en Tumibamba. Después pasó a la isla de Puná, donde le anunciaron la presencia de hombres blancos en el Istmo. Encontrándose satisfecho de la Isla de Puná y habiendo participado de sus vicios y de sus atractivos, recibió malas noticias del Cuzco, de donde le avisaban que reinaba una peste general y cruel, de que había muerto Auqui Topa Inga su hermana y Apo Illaquita su tío, a los cuales había dejado como gobernadores al

partir; Mama Toca su hermana y otros principales señores de su familia habían muerto de la misma manera. El Inca se puso triste ante tan malas nuevas y partió de nuevo para Tumibamba. Fué por el camino de Nulluturu, donde se sintió indispuerto y regresó a Quito con lo principal de su ejército. La enfermedad había tomado cuerpo, una fiebre mortal lo consumía y sintiéndose morir hizo testamento". Murió en 1525 después de haber gobernado treinta y tres años.

Respecto al paludismo si bien algunos historiadores admiten su existencia en la época precolombina tanto que a las fiebres palúdicas las denominaban chucchu y era tan difundido que Ulloa dice ya en el siglo XVIII "llegan a despoblarse las haciendas por la mortalidad que ocasiona. . . . a distinción de las fiebres de la parte baja que aunque sean molestas por la duración, no suelen ser de peligro". De todos modos, haya existido o no antes de la Conquista la verdad es que una de las aportaciones más valiosas y definitivas del Ecuador a la medicina mundial es la introducción del medicamento para curarlo —la quina— en el campo de la Terapéutica. Algunos autores señalan que la quina fué empleada en el año 1378 cuando el paludismo dieztaba los ejércitos de Pachacutec y más tarde para curar a las tribus de los Paltas y Zaragueros. Otros autores —sobre todo a la luz de los estudios modernos— niegan la existencia del paludismo en los tiempos anteriores a la venida de los españoles.

Versiones mezcladas con fuertes rasgos de leyenda o intencionadamente deformados hacen que el verdadero descubrimiento antipalúdico permanezca en la oscuridad. La narración más difundida —leyenda o realidad— nos viene del siglo XVII y dice que un indio de la Provincia de Loja trató de calmar la sed que a consecuencia del paludismo le devoraba en un remanso en el que un cataclismo había derribado unos árboles, una vez que hubo aplacado su sed con aquella agua de sabor extraño y amargo investigó su causa y llegó a descubrir que el agua tomaba tal gusto de los árboles —que usan de quina— caídos, caídos y macerados. Quedaba así descubierta la propiedad antipalúdica de la quina. Este descubrimiento permaneció casi ignorado hasta q' el 1638 un Cacique de Malacatos, Pedro de Leiva, convertido al Cristianismo revela el secreto al jesuita Juan López el que tras curar su propio paludismo lo utiliza ampliamente en estas tierras para luego llevar la droga prodigiosa a Lima en donde continúa mantenién-

dose el secreto para comerciándolo en gran escala y vendiéndolo a precio de oro. Los mismos jesuitas se encargaron de llevarla a Italia en donde la introduce Alonso Mesías Venegas en 1642. En Lima primero y después en el mundo cobra celebridad la maravillosa corteza porque en poquísimos días llegó a curar de unas fiebres palúdicas que la tenían al borde de la muerte a la bellísima segunda esposa del Conde de Chinchón, Virrey del Perú. La droga llegó a manos del médico de cámara, Juan de la Vega, enviada por el Corregidor de Loja Juan L. de Cañizares.

La Condamine hizo la descripción científica de la planta en 1738 y la envió al sabio botánico Linneo quien impresionado por la curación de la Condesa de Chinchón la clasificó y bautizó en 1753 con el nombre de *Chinchona officinalis* y así en la familia de las rubiáceas se creó el género *Chinchona* con sus múltiples variedades. Con variada fortuna se extendió la droga por el mundo hasta que Carlos II de España logró curar de unas fuertes tercianas conquistando así la península ibérica. En Francia la curación del Delfín hizo que Luis XIV por un decreto real ordenara que la quina se vendiera en todas las farmacias. En París, el 11 de Setiembre de 1820 se descubre y aísla la quinina, alcaloide al que la quina debe sus propiedades antipalúdicas.

Interesantes estudios paleo-patológicos han demostrado la existencia del reumatismo y así en una momia incásica se han encontrado signos de osteoartritis vertebral. En lo que al tratamiento se refiere empleaban especialmente el Molle (*Schinus molle*) del que se decía en aquellos tiempos "es tan provchoso que si un hombre con gran dolor de piernas y las tiene hinchadas, con solamente cocerla en agua y lavarse algunas veces, queda sin dolor ni hinchazones". Empleaban también las hojas de chilca (*Baccharis fevilleii*) y la tan conocida calahuala (*Polipodium calahuala*) cuyo rizoma en nuestro medio popular tiene todavía múltiples aplicaciones terapéuticas.

Posiblemente existió también la tuberculosis. Estudios radiológicos realizados en momias de jorobados se ha pretendido identificar hasta el nódulo de Gohn. Se ha encontrado espondilitis, destrucciones de los cuerpos vertebrales de naturaleza tuberculosa. El nombre que daban los indios a ciertas fiebres consuntivas nos hace presumir su existencia, en efecto denominaban a tales estados suyoyo oncoy que significa desnutrido, marchito o chaqui oncoy organismo que se seca que se consume.

La tereapéutica incacica utilizaba en ocasiones procedimientos mágicos "cogidos en el sueño" unas veces y otras empleaba remedios de los más diversos y que los tomaba de los tres reinos de la naturaleza.

Conocían en valor de la temperatura en las enfermedades y la apreciaban colocándo la mano ante la nariz del febricitante. Entre otros medios para contrarrestar la temperatura el más interesante es el de las curas de sudor que las llevaban a cabo en habitaciones especiales llamadas sudatorios. Eras piezas subterráneas de adobe, estrechas con piso enladrillado y que comunicaban con un horno. Al enfermo que deseaba hacerse sudar para que eliminara los males se lo introducía en el sudatorio y se le abría la comunicación con el horno vecino y se le sometía a tal calor hasta que esté desfalleciente. Cuando se quería aplicar calor húmedo solamente tenían que hechar agua sobre los ladrillos que estaban calientes y así se formaba vapor de agua que humedecía y abrigaba en realidad el ambiente. Tal procedimiento se empleaba para curar fiebres, mordeduras de serpientes, infecciones puerperales, algunas enfermedades de la piel, etc. Otro procedimiento para provocar gran sudoración era el cubrir al enfermo con un abrigo hecho de piel de llama, luego darle a tomar una buena cantidad de chicha lo que producía una intensa crisis sudoral y abundante diuresis.

Apreciaban el valor de las aguas termales y se cree que desde ese entonces Baños era ya un poblado que gozaba de fama por las propiedades curativas de sus aguas.

Eran numerosísimos los remedios de origen vegetal que los indígenas utilizaban para curar sus enfermos, como numerosos eran también los tóxicos y venenos que extraían de especies de este reino.

La coca (*Eritroxylon coca*) era considerada como una planta sagrada, era la ofrenda preferida por los dioses. Eliminaba el cansancio y el hombre aumentaba el vigor y la fuerza. En sus largas travesías los indios la llevaban en la boca y la masticaban con ceniza o cal para liberar el alcaloide. Del origen legendario de la coca se dice "cuando ella era mujer mala de su cuerpo y que por eso la mataron y le partieron por medio y de ella había nacido un árbol al cual llamaron mamacoca o cocomama y que desde allí la comenzaron a comer y que se decía que la traían en una bolsa, y que ésta no se podía abrir para comerla sino después

que habían tenido cópula con mujer en memoria de aquella y que muchos pallas ha habido y hay que por esta causa se llamaron coca y que esto oyeron decir a sus pasados los cuales contaban esta fábula y decían que era el origen de la dicha coca”.

La ipecacuna (*Ipeca acuminata*) la usaban igual que hoy como expectorante y emético y se cree que también la empleaban en el tratamiento de las hemorroides, el guayacán (*Guaayacan officinalis*) fue ampliamente empleado a título de “depurativo de la sangre y por ello se usaba como antitérmico, antirreumático y antisifilítico; gozaba gran predicamento en las bubas.

La zarzaparrilla (*Smilax officinalis*) era otro vegetal que en virtud de sus extraordinarias propiedades curativas frente a muchas enfermedades la consideraban de origen divino y hasta llegaron a erigirle un templo en la isla de Puná. Se la empleaba en el tratamiento del reumatismo y de algunas enfermedades cutáneas y aseguraban que “era raro que alguno regresara sin haber conseguido la salud después de haber bebido el zumo de zarzaparrilla, el que ingerido fresco produce abundante transpiración que les aliviaba de la enfermedad”. Quizá está demás indicar que aun en la actualidad y en muchos países se emplean medicamentos a base de este vegetal.

El maíz (*Zea mays*) era y sigue siendo en la actualidad no solo una droga que se la emplea como diurético —cocimiento de estigmas— sino como uno de los principales componentes de la alimentación del pueblo y el elemento con el que se elabora la clásica y tradicional bebida indígena la chicha. A propósito del maíz Garcilaso dice: “el maíz a más de ser un mantenimiento de tanta sustancia, es de mucho provecho para el mal de riñones, de dolor del hígado, pasión de piedra, retención de orina, dolor de vejiga y del caño”.

Daturas y slanáceas eran sumamente utilizadas ya para aliviar el dolor, para determinar estados de excitación en los deprimidos así como para preparar tóxicos que los empleaban para terminar con sus enemigos. Así el chamico (*Datura stramonium*) servía para preparar venenos, como afrodisiaca y alucinante, a más de esto se le reconocía propiedades curativas de las enfermedades del pecho. El huantug (*Datura sanguinea*) lo tomaban especialmente los brujos y hechiceros lo que les sumía en un sueño profundo a veces con convulsiones, “después del sueño que este narcótico les producía, sus palabras eran escuchadas como infali-

bles por el pueblo". Como narcóticos empleaban también la ayahuasca (*Banisteria caapi*), el floripondio (*Datura arborea*).

Los afrodisiacos mas conocidos eran una euforbiácea llamada huanarpo, igualmente la miel del cabuyo negro (*Agave americano*) y las jugosas raíces de la planta llamada cuchuchu. Constituye también un buen exitante el chimbalo (*Solanun caripense*).

El curare droga que en la actualidad tienen importantísimas en el campo de la medicina y que sirvió para notables experimentos fisiológicos era conocido y utilizado por los indios de estos territorios para envenenar las flechas con que habían de cazar o matar a sus enemigos. "Es digna de mención la manera de preparar el curare, dice nuestro historiador Arcos, por una vez al año van los indígenas jóvenes a las selvas vírgenes donde recogen el *Solanum casteleana* y lo llevan a sus cabañas entregándolo al sacerdote entendido en la confección, quien fragmenta las lianas y las hace hervir en agua, acondicionándola de hojas y granos de diversas logoniáceas y minispermáceas, con cabezas de animales venenosos. Esta decocción se filtra y evapora hasta darla consistencia siruposa, probándola en heridas recientes de animales: si coagula la sangre con su aplicación en sentido inverso de la corriente sanguínea es desechada, aceptándola en caso contrario. Según los componentes cambia el color del curare desde el anaranjado hasta el rojo oscuro; esta pasta la guardan en unas ollitas especiales, en las que alcanza por lo regular dos onzas.

El barbasco (*Jacquina armillaris*) es tóxico violento que todavía lo usan nuestros indios y montuvios para pescar, en los tiempos antiguos era el veneno preferido para los suicidios. Igualmente empleaban para este fin al aschpa corales (*Bamarea caldasiana*) y hasta se cree que conocieron los efectos de la cicuta (*Ranículus erodiifolius*) abundante en el territorio del Ecuador.

Del reino animal tomaban tejidos, órganos e incluso secreciones de toda especie para usarla en la terapéutica. Trataban todo proceso inflamatorio colocando encima de la zona enferma trozos de carne de vicuña. Las hemorragias las detenían con corazón fresco de paloma, la sangre de cóndor para las enfermedades nerviosas, la sangre o el pulmón de zorro para las enfermedades pulmonares, práctica que se la emplea aún en la actualidad. Los dolores del abdomen se trataban aplicando las visceras del cuy recién muerto sobre la zona dolorosa. La grasa del

cóndor servía para friccionar a los "tullidos y paralíticos a los que les desentumía". Los polvos del buche de iguana, se empleaban contra la litiasis renal. La placenta de la llama, para ayudar o favorecer el parto. El colibrí o Kquenti en polvo o infusión era contra la gota coral o epilepsia".

Igualmente del reino mineral empleaban algunas sustancias a título de medicamentos. "El oro (Ccori), en maceración, era usado en la epilepsia. La plata (Collque), aplicada en contusiones, impide la aparición de las equimosis. El imán rumi o piedra de imán, cuyo polvo, desleído en agua, servía en las enfermedades nerviosas y del corazón. El azufre (Sallinarumi), para combatir el aire de la cabeza. La greda, para combatir las hemorragias. La toba caliza o Huaque-masa, empleada para detener las cámaras de sangre y contra la hematuria. La tierra (Allpapacha), para introducir en ella los miembros adoloridos y tullidos. La licamancha o caliza estalactítica, para los flujos de sangre".

Como procedimiento quirúrgico de importancia cabe señalar la trepanación del cráneo práctica que se la utilizó desde hace siglos posiblemente para el alivio y la curación de ciertas enfermedades nerviosas. Se la hacía valiéndose de aristas de sílex o de pequeños instrumentos punzo cortantes de oro, bronce o cobre, llamados tumis que animados de un movimiento circular o de vaiven desprendían porciones a veces considerables de pared craneana y lo que es más interesante aún llenaban la parte osea así separada con prótesis de oro. Las trepanaciones craneanas eran a veces únicas pero otras eran múltiples, es de entenderse que eso dependía de las necesidades terapéuticas: parálisis, convulsiones, afecciones del sistema nervioso, etc. Algunos creen que para evitar el dolor practicaban algo así como la anestesia general quizá gracias al uso de jugos preparados con la gran variedad de solanáceas existentes o de la coca. En las crónicas del popular Garcilaso se encuentra algunos detalles al respecto, uno de los cuales dice "Este don Francisco de la Peña había sido herido en el cráneo facó tres cuchilladas en la mollera, todas juntas había de la primera a la poftera tres dedos de cafcó, el cual quedó quebrado y mal parado; de manera que fue menester quitárselo".

Cuando una mujer tenía su primera menstruación era festejada con gran entusiasmo aunque era obligatorio arrancarle un canino.

El indio respetaba mucho la gestación y el parto. El aborto era castigado hasta con la muerte al que lo provocaba. Antes del

parto las mujeres invocaban a Pachamama y le ofrecían sacrificios, ayunaban ellas y sus maridos, se abstenían de determinados alimentos, sal, ají, etc. Después del parto la mujer no guardaba reposo ni cuidado alguno y así: "en pariendo iban a un arroyo o en casa se lavaba en agua fría y lavaba a su hijo y se volvía a hacer las haciendas de su casa como si nunca habría parido". Al recién nacido le cortaban el cordón umbilical a pocos centímetros de la pared abdominal y cuando espontáneamente se desprendía lo guardaban para darle a chupar cuando se presentaban enfermedades del tubo digestivo.

Parece que la eutanasia era practicada y la ejercían en los incurables rompiéndoles la columna vertebral, era un procedimiento, según los estudiosos, al que no se oponían ni las víctimas ni sus familiares.

Por último cabe señalar que algunas parcialidades indígenas de los tiempos anteriores a la conquista solían defeormarse el cráneo —especialmente los Paltas y los Zaragueros— deformación que comenzaban a hacerla al niño a los pocos días de nacido mediante la aplicación de tablillas sometidas a una presión continua lo que duraba por tres años. Las deformaciones eran de diverso tipo: anteroposteriores, laterales, etc. Garcilaso dice refiriéndose a los indios Paltas: "Esta nación tenía como distintivo la cabeza entablillada. A los recién nacidos se les ponía una tablilla en la frente y otra en la parte posterior de la cabeza, amarrándola fuertemente entre sí; cada día se ajustaba más las tablillas, acercándolas más una a otra, mientras que al niño se le obligaba a estar echado boca arriba y las tablillas no se quitaban hasta después de los tres años cumplidos y así salían las cabezas muy feas". Era la deformación palta huma por su semejanza con la fruta palta o aguacate. Por los indígenas del Carchi era un honor distintivo del régulo tener su cráneo deformado, igualmente los Omaguas y las tribus de Imbabura. "Se conocían cuatro formas de cráneo así deformado. La primera difería poco del cráneo normal y se llamaba rumpu huma, cabeza redonda. Después venía la cabeza ancha o achatada palta huma. Una tercera era la de wanca huma, larga y angosta que se formaba por tablillas o palitos a los costados y la cuarta suyto huma, la cabeza puntiaguda. Mucho se ha discutido acerca de los motivos que inducía a los indígenas a deformarse el cráneo. Mientras algunos creen que fue un motivo de orden estético, otros piensan que se trataba de un rito religioso y por fin otros suponen que era un motivo político para procurar la sumisión de algunas tribus.